

EL CLIMATISMO

Joaquín Valdivielso Navarro

Universitat de les Illes Balears

jvaldivielso@uib.es

RESUMEN

En la actualidad, el lenguaje dominante en que se expresa la conciencia ecológica o ambiental gira alrededor del cambio climático antropogénico. La política de la ecología hoy día es la política del climatismo. El climatismo refleja, en primer lugar, la evolución de los discursos ambientales desde su aparición hasta el cambio de siglo y la nueva constelación política. En segundo lugar, encarna una configuración específica de actores y discursos en forma de un sentido común dominante a la hora de pensar la relación sociedad-medio natural, que generan un efecto de maquillaje verde, de pánico, de homogeneización métrica carbónica, y de sujeción estatal bajo el régimen Kioto. Todos estos efectos ayudan a crear o enmascarar inequidades. Tomar en cuenta ciertas visiones alternativas del régimen climático global puede ayudar a corregir estos efectos.

PALABRAS CLAVE: climatismo, discurso ambiental, régimen de gobernanza ambiental, ecología política.

ABSTRACT

Currently, the dominant language in which the ecological/environmental awareness is expressed revolves around the anthropogenic climate change. The politics of ecology today is climate politics, or climatism. Climatism reflects, first, the evolution of environmental discourses since their emergence until the coming of the new century and its renewed political constellation. Secondly, it embodies a specific configuration of agencies and discourses as a dominant common sense of the interface society-environment. At the same time, it creates effects of greenwashing, panic, carbonic metric homogenization, and state subjection under the Kyoto regime. All these effects help to create or mask inequities. Considering some alternative visions of the global climate regime can help to correct these effects.

KEY WORDS: climatism, environmental discourse, environmental regime of governance, political ecology.

INTRODUCCIÓN

Durante los últimos años, los discursos políticos más o menos ecologistas o ambientalistas han sido atraídos irremisiblemente hacia el polo del cambio climático. A la centralidad del «climatismo» no han escapado ni las organizaciones,



asociaciones y partidos verdes con más tradición, que se han volcado en retóricas y campañas proclimáticas; ni su gran antagonista, el *establishment* industrialista, cada vez más cómodo en la figura del consumidor concienciado con el clima, a la que no obstante se ha resistido con uñas y dientes hasta hace poco. El climatismo tiene también su reflejo en la filosofía práctica, si bien el tratamiento dominante es más bien ético que político, aunque desde otras disciplinas, mayormente ciencia política y sociología, tienen lugar desarrollos no sólo normativos sino también analíticos, de esta inclinación hacia el desafío climático frente a otras problemáticas ambientales¹. Creo, en todo caso, que la prevención que tiende a dominar en la filosofía hacia cualquier atisbo de naturalismo hace que también en estas cuestiones lleve el paso cambiado. Permítanme poner un ejemplo, utilizando la reciente película *Examined Life*², de la joven directora Astra Taylor.

Taylor nos presenta, en ocho breve sketches, a grandes figuras del pensamiento contemporáneo —como Martha Nussbaum, Judith Butler o Peter Singer— poniendo la filosofía a trabajar en las calles. En una de las piezas, el filósofo esloveno Slavoj Žižek aparece en un vertedero de basura: «Aquí es donde deberíamos empezar a sentirnos como en casa» —defiende, provocativo, Žižek. Su tesis, explicada mientras rebusca en la basura, con las máquinas trabajando a sus espaldas, es que somos incapaces de sentirnos como en casa en medio de la basura, debido a la mistificación que la ecología produce en nuestra percepción de la realidad. La ecología reproduce y actualiza la tentación de significado, secularizando bajo la idea de un mundo equilibrado de armonía orgánica el mito de un fundamento último, de una «última e incuestionable autoridad», y convirtiendo las catástrofes ecológicas en una especie de Caída reeditada. La Caída de los occidentales alienados de su medio ambiente natural, castigados por Dios a una cadena de catástrofes. En consecuencia, «la ecología se convierte en un nuevo opio para las masas», en su sentido literal marxiano: por un lado, promueve un enfoque conservador a innovaciones científicas como la bioingeniería —«es el trabajo de Dios, así que no se debate»—; por otro lado, propicia una escisión paradójica entre la admisión del problema y una actitud pasiva. Por el contrario —dice Žižek—:

Lo que deberíamos hacer es cortar aún más nuestras raíces en la naturaleza, necesitamos más alienación de nuestra naturaleza espontánea, deberíamos volvernos más artificiales, deberíamos desarrollar un materialismo mucho más terrorífico, abstracto, una especie de universo matemático donde no hay nada, solo fórmulas, formas técnicas, y cosas así.

Para hacer frente a la amenaza de una catástrofe ecológica deberíamos oponernos —defiende Žižek— a «lo New Age», y aceptar que la catástrofe es el acontecimiento normal de la vida, y que tenemos que aprender a amar el mundo

¹ Cf. C. VELAYOS, *Ética y cambio climático*, Desclée, Bilbao, 2008; J. GARVEY, *La ética del cambio climático*, Proteus, Cánoves i Samalús, 2010; A. GIDDENS, *The Politics of Climate Change*, Polity, Cambridge/Malden, 2009; H. WELZER, *Guerras climáticas*, Katz, Buenos Aires, 2011.

² *Examined Life. Philosophy in the streets!*, Astra Taylor, 2008.

en su imperfección, libre de idealizaciones. Este es el desafío, encontrar poesía, espiritualidad, en esta dimensión corrupta, como en el amor verdadero, recrear «si no belleza, una dimensión estética de la basura misma». «La verdadera ecología ama todo esto» —dice Žižek mientras señala a una montaña de residuos sólidos urbanos.

Entrevistada sobre la película de la que forma parte esta escena, su autora, Astra Taylor, respondía así a la pregunta «¿qué te inspiró a hacer *Vida examinada*?»:

Muchos estarían de acuerdo en que el mundo hace frente a cantidad de problemas desconocidos, desde el calentamiento global hasta la creciente desigualdad económica. De alguna manera, esto es parte del porqué quise hacer *Vida examinada* —siento que el millón de problemas que tenemos nos exige pensar más que nunca³.

¿En qué nos ayudan las palabras de Žižek a hacer frente a problemas acuciantes como el calentamiento global? Creo que en muy poco. Y a lo poco que ayudan es a hacer visibles ciertos prejuicios y enfoques fallidos, parapetados tras el presunto radicalismo progresista del autor, a la hora de hacer frente a problemas ecológicos desconocidos hasta hoy. Estos prejuicios son, más aún, compartidos con el neoconservadurismo, y sirven a trivializar severas injusticias socioecológicas, disueltas y banalizadas en caricaturas como la de Žižek, con independencia de la gracia que tengan.

No obstante, creo que Žižek representa bien una sospecha muy extendida entre filósofos y teóricos políticos: la existencia de valores naturales últimos con carácter fundante, que sin duda es aceptada por varias corrientes ecoéticas. Sin embargo, encuentro igualmente controvertido el lenguaje de la «no-naturaleza», sugerido por Žižek en una línea hiperconstruccionista muy extendida en el posmarxismo y en la Teoría Crítica, que sólo sirve para mistificar la vida social en el lecho del vertedero. En el plano teórico, el lenguaje del «no hay naturaleza» es un lenguaje no reflexivo: presume ser no construido, objetivo. «Naturaliza» la abolición de la naturaleza, es decir, la historia de la política de la construcción de la ecología. En el plano práctico, esta perspectiva implica que no hay restricciones a las formas en que nos representamos la naturaleza. No hay problema en que sea construida y reconstruida una y otra vez. La apología de la catástrofe que emprende Žižek y de lo natural como el «orden perturbado por el Acontecimiento» lleva este camino. Pero es exactamente la posición que el escepticismo antiambiental neoliberal y neoconservador adopta, perfectamente consciente, y no menos orgulloso, del carácter construido del medio ambiente como generador de beneficios. El negacionista climático se siente aquí como en casa.

Para evitar este tipo de paradojas propongo, por el contrario, un enfoque que más que hablar del sujeto *in abstracto* en busca de una imposible conciliación, dé algo de visibilidad a la existencia de sujetos y discursos plurales y enfrentados en momentos históricos específicos. Para ello, cabe reconstruir, en primer lugar, la historia de la ecología, en el doble sentido en que Žižek se refiere a ella, a la vez como una visión de la naturaleza y como la política del ecologismo. Creo que una de las

³ Ver la entrevista a Astra Taylor in <http://www.zeitgeistfilms.com>

ventajas de ver la ecología como una sucesión de momentos, actores y discursos en interacción es poder mostrar su historicidad, su heterogeneidad y su carácter socio-político. Hay varias ecologías, no una. Y son resultado de procesos de construcción social de las interpretaciones sobre la dimensión ecológica de las sociedades humanas contemporáneas. Estos procesos son dialécticos, los actores construyen su discurso a partir de su relación con los otros, de formas diversas. Y la ecología que domina hoy día es el climatismo.

LA SUCESIÓN DE DISCURSOS ECOLÓGICOS

La historia de la ecología puede ser reconstruida como una secuencia, más o menos acumulativa, de aparición de discursos y actores sobre ecología. No obstante, la sucesión que voy a presentar debería ampliarse y no tiene más que una finalidad orientativa. Sabemos que los procesos de reconstrucción y urbanización tras la Segunda Guerra Mundial, al menos en Europa y Japón, generaron reacciones sociales que son invisibles a esta descripción, sencillamente porque no utilizaron el discurso ecológico —que no se puso de moda hasta los setenta—. Asimismo, el llamado «ecologismo de los pobres» a menudo utiliza recursos de su propio repertorio cultural, ajenos a la ciencia ecológica. Más aún, las tensiones entre sociedad y medio ambiente son tan viejas como el proceso de hominización, y podemos presumir que también los conflictos sociales a su alrededor. No obstante, propongo este encadenamiento de discursos⁴:

1. La visión de la «supervivencia» suele ser considerada la primera expresión de narrativa ecologista. Los informes del Club de Roma, desde los primeros años setenta, lanzaron la primera alarma sobre el colapso de los sistemas naturales, la posibilidad del día del cataclismo final, y la primera propuesta de restricción de la expansión económica y poblacional. Desde esta perspectiva, la Tierra es vista como un conjunto finito de recursos a gestionar en un contexto de escasez, al estilo de una nave espacial, bajo el control jerárquico del conocimiento experto de las elites. Esta visión alentaba una mirada agregada, tratamientos plurifactoriales y a la adopción de medidas precautorias de autolimitación, bajo un clima de emergencia para la especie, amenazada como un todo. No podría entenderse al margen del ambiente plomizo de la guerra fría, así como de las crisis económicas de los setenta, y de la

⁴ De momento, utilizo el término «discurso» en el sentido de la textura simbólica de una aprehensión compartida del mundo —o de una parte de él. Esta reconstrucción al estilo del análisis del discurso está claramente inspirada en la obra de J.S. DRYZEK. Cf., por ejemplo, *The Politics of the Earth. Environmental Discourses*, Oxford U. P., New York, 1997. Sin embargo, intento sortear el déficit de praxis y experiencia de su enfoque, subrayando el carácter relacional de los discursos, establecidos por contraste, más o menos antagonista, con otros discursos. Las reflexiones de este punto se encuentran más desarrolladas en J. VALDIVIELSO, «Ecología y filosofía política», en Fdo. QUESADA (ed.), *Ciudad y ciudadanía. Senderos contemporáneos de la filosofía política*, Trotta, Madrid, 2008.

tentativa del *establishment* del capitalismo industrial para justificar la reorganización necesaria tras la crisis del fordismo.

2. Paralelamente, en el cambio de década de los sesenta a los setenta, emergía un enfoque «radical», centrado en los aspectos alienantes, autoritarios y distributivos de la crisis, de orientación contracultural y anticapitalista, con cierta difusión entre los sectores desmercantilizados, la clase trabajadora cercana al sindicalismo autogestionario, y los movimientos anticoloniales. En su versión de «ecología política», heredera de corrientes libertarias y socialistas, se integró en las nuevas izquierdas, desde el marxismo existencialista hasta la teoría crítica de la Escuela de Frankfurt. Es propiamente la ecología que desarrolla la identificación y crítica del «industrialismo», «consumismo» y «productivismo», que pasan a ser vistos, de alguna manera, como el «consenso solapado» oculto de las sociedades industriales «bien ordenadas». En su versión «ética», de «ecología profunda», «bio» o «ecocéntrica», enlazó con la *New Age* y con el preservacionismo de raíz estética y espiritual y el *ethos* de la *wilderness*. Es propiamente la ecología que desarrolla la identificación y crítica del «antropocentrismo» —y que parece ser la que tiene en mente Žižek—. Ambas corrientes utilizaron también el lenguaje científico-ecológico que le proporcionaban los nuevos diagnósticos⁵. Ambas recibieron duras críticas desde el marxismo mecanicista y productivista, con argumentos muy parecidos a los que hoy usa Žižek⁶.

3. Como respuesta a la rápida difusión del discurso ecologista, se dieron dos desarrollos simultáneos de raíz reactiva. Uno de ellos de cariz «racionalista», con dos versiones diferenciadas: una económica estándar, en la línea del conservacionismo y la gestión racional de recursos; y otra administrativa, de orientación estatista y burocrática. Ambas podrían ser calificadas de «modernización ecológica»: se hacen cargo del nuevo reto como un ajuste pragmático dentro del marco liberal, para un medio ambiente comprendido como un escenario racionalizable y controlable. Ambas fueron dominantes en la institucionalización de las nuevas demandas ambientales, en forma de legislaciones y formas pioneras de gobernanza intergubernamental, condicionadas a la existencia de gobiernos y regímenes corporativistas y socialdemócratas. El segundo desarrollo reactivo fue el «prometeísmo». El dominio de una naturaleza vista como fuerza indómita y la plenitud material son argüidos como valores en sí, racionalizados a través de la creencia ciega en el poder de la innovación tecno-científica y la desautorización de la ecología como neo-romanticismo antiprogresista. Vivió su auge con la contrarrevolución antiambientalista propiciada por el giro conservador encabezado por Reagan y Thatcher.

⁵ Si entre los clásicos de la ecología política destacan nombres como Ivan Illich, Murray Bookchin, André Gorz, Lewis Mumford o Ralph Nader; entre los clásicos del ecocentrismo es posible remontarse a varias décadas antes con John Muir, Aldo Leopold o incluso Henry D. Thoreau.

⁶ Véase, por poner un ejemplo, el ataque que lanzó a principios de los setenta Hans Magnus ENZENSBERGER contra lo que llamó «*ecofreaks*» de la ecología política, «A Critique of Political Ecology» en H. ROSE and S. ROSE (eds), *The Political Economy of Science. Ideology of the Natural Sciences*, Macmillan, London, 1976.

4. Durante los años ochenta y noventa, sancionado en el Informe Brundtland de Naciones Unidas, llega el «desarrollo sostenible», «aquél que satisface las necesidades de la generación presente sin comprometer la capacidad de las generaciones futuras para satisfacer las suyas». A pesar de la involución neoconservadora, la conciencia ecológica se había extendido enormemente en la emergente opinión pública mundial, con diferencias entre distintas regiones y países. La sucesión de catástrofes ecológicas, así como la creciente evidencia científica sobre el deterioramiento de servicios naturales y la biodiversidad, la pérdida de ozono estratosférico o el cambio climático, ayudaron a ello. Es la época de explosión de los regímenes globales de gobernanza ambiental. En verdad, el término consiste en una apropiación del léxico de la *sostenibilidad*, utilizado en las críticas anticoloniales del desarrollo. Con la redefinición Brundtland, pierde su subtexto tercermundista, para promover una visión optimista del desarrollo, como un juego triple de suma positiva, donde crecimiento económico (convencional), protección ambiental y justicia social se realimentarían recíprocamente. Por ello, es visto con sospecha por parte de la ecología política desde su mismo origen.

Por su parte, la inclusión política del *ecologismo*, en forma de partidos verdes y ONGs muy influyentes, estiró la agenda política hacia formas *light* de ecología, o mejor dicho, por contraste con aquélla, *ambientalismo*⁷. En el ámbito de la opinión pública y la cultura política la expansión también era paralela en lo que Ronald Inglehart llamó «valores posmateriales» y de otro *ethos*, que olvidó mencionar, posconsumista o postadquisitivo, también creciente⁸. El primero, el posmaterialismo, asume el tipo de progreso económico estándar como precondition de la responsabilidad y sensibilidad proambiental, mientras que el posconsumismo asume la necesidad de su contracción y transformación. En todo caso, ambos forman la moralidad que sostiene el «consenso ambientalista» que ha crecido con la contradicción de tener un pie en las aspiraciones universalistas y de autorrealización de una cultura cívica ilustrada y humanista, y otro pie en el sistema político y económico productivista.

Durante el periodo que recorre la globalización, la arena en que estos fenómenos tienen lugar se transnacionaliza. Las distintas versiones de supervivencia, radical,

⁷ Esta distinción ha recibido múltiples formulaciones. Quizás las más recomendables sean A. DOBSON, *Green Political Thought*, Harper Collins Academic, 1990, y R. ECKERSLEY, *Environmentalism and Political Theory. Toward an Ecocentric Approach*, State University of New York, New York, 1992.

⁸ Me ciño a la definición de «posmaterialismo» por parte de INGLEHART en *Culture Shift in Advanced Industrial Society*, Princeton U. P., 1990. Así, los «valores postmateriales» se refieren a los inclinados cada vez menos hacia la búsqueda de capacidad de consumo material, y cada vez más hacia las necesidades expresivas, relacionales, estéticas y ambientales. Mi discrepancia general con Inglehart, que con el tiempo cambió el par material/posmaterial por modernizador/posmodernizador, está en que considera que la preocupación por el medio ambiente no es más que «el reflejo más o menos espontáneo del progreso económico», además de seguir el principio de utilidad marginal decreciente de la teoría económica, y, a la vez, la «jerarquía de las necesidades» de Abraham H. Maslow. Actualmente, autores como J. PIGEM, en *Buena crisis. Hacia un mundo postmaterialista*, Kairós, Barcelona, 2009, defienden otra concepción del posmaterialismo que estaría más cerca de lo que he llamado posconsumismo, y de alguna forma de ecocentrismo.

modernizadora y prometeica desbordan sus ámbitos locales, actualizan sus narrativas y entran en interacción en un complejo de esferas públicas cruzadas y regímenes de gobernanza a muchos niveles. Ninguna tradición intelectual ha permanecido callada al respecto. Hasta los liberales políticos se han acabado dando cuenta de que la crisis ecológica está aquí.

5. La actualización globalizada del prometeísmo econegacionista presenta tres rasgos que nos dan la talla de los cambios en juego. En primer lugar, tras la caída del Muro de Berlín, el movimiento conservador estadounidense comienza a ver el ambientalismo global como una amenaza para la soberanía nacional y el poder económico⁹. El ecologismo será, en primer lugar, uno de los sustitutos del socialismo en la fijación paranoica de la nueva mayoría moral neocon, para después ser «una víctima más de la guerra contra el terrorismo»¹⁰. En segundo lugar, el contraambientalismo, originalmente anglosajón, se hará transnacional, y desplegará todo tipo de medios y recursos contra el crédito de los diagnósticos ecologistas y su ciencia en la esfera pública. Finalmente, su discurso se hará más sofisticado, llegando incluso a aceptar, en la influyente versión de Lomborg, la existencia del cambio climático —aunque no, por supuesto, el Protocolo de Kioto¹¹. En este terreno de las ideas, para el contraecologismo la lucha por los recursos es vista como un imperativo de supervivencia nacional, la aplicación del principio de precaución es considerada irracional —excepto en caso de evidencia científica incontrovertible—, y el ecologista es descalificado como un alarmista autointeresado en su ventaja privada que se financia de la difusión de nuevas alarmas.

6. Mientras tanto, la ecología política se ha hecho global como una red segmentada, policéfala y reticular de movimientos, grupos y actores diversos críticos de la concepción convencional del desarrollo, incluso en su versión de desarrollo sostenible. Esta trama heterogénea de actores se ha ido articulando como un espacio discursivo y organizacional más o menos definido al paso mismo de la globalización¹². La dialéctica de la interacción global ha transformado su viejo discurso, ahora impregnado de términos normativos como democracia radical, justicia, equidad, soberanía, ciudadanía o autodeterminación, a la vez que las concepciones normativas de la naturaleza han dejado paso a la de sostenibilidad, entendida como mantenimiento del capital natural. Las iteraciones democráticas globales han convergido, de esta manera, en una cierta

⁹ P. J. JACQUES *et al.*, «The organisation of denial: Conservative think tanks and environmental scepticism», *Environmental Politics*, 17, 3, 2008, p. 349.

¹⁰ D. JAMIESON, «Adaptation, Mitigation, and Justice», *Advances in the Economics of Environmental Resources. Vol 5 Perspectives on Climate Change: Science, Economics, Politics, Ethics*, Elsevier, 2005, p. 240; T. MCCARTHY, Thomas (2009): *Race, Empire and the Idea of Development*, Cambridge U.P., New York, 2009, p. 212 ss.

¹¹ B. LOMBORG, *The Skeptical Environmentalist: Measuring the Real State of the World*, Cambridge U.P., Cambridge, 2001.

¹² B. DOHERTY (2002): *Ideas and Actions in the Green Movement*, Routledge, London, 2002.



gramática común de orientación igualitarista cosmopolita¹³. Me gustaría llamar la atención sobre tres ejemplos de esta dialéctica, digamos «subalterna», «alternativa» o «contrahegemónica», del ecologismo político global, en los márgenes de la *entente* proclimática a la que me referiré a continuación¹⁴.

Una es el *movimiento de la justicia ambiental*, y su idea de que la «raza» y la «clase» son la clave para comprender la distribución de «males» ambientales: veneno, peligros, vulnerabilidad... la distopía de la justicia distributiva¹⁵. Para ellos, el vertedero de Žižek está probablemente situado en un vecindario afroamericano donde madres sin interés alguno en la basura se preguntan por qué sus hijos sufren leucemia, desarrollan una especie de «epidemiología popular» y lo llaman «eco-racismo» y «colonialismo tóxico». La evolución del movimiento, marcadamente comunitaria en origen, ha incorporado lenguajes feministas, poscoloniales, socialistas y democráticos que han hecho posible que no cayera en aquello que achacaba al ambientalismo blanco: ser un movimiento *nimby*. Su esfera pública se ha desarrollado desde un «*no en mi patio!*» a un «*¿en el patio de nadie!*», de una retórica *nimby* a una *niaby*¹⁶. Curiosamente, la ética biocéntrica ha contribuido a la ampliación de su universo moral. El movimiento es un modelo para demandas nativas indígenas y de comunidades campesinas y chabolistas, mayormente en América Latina.

El segundo ejemplo se refiere a las demandas de *justicia ecológica reparativa o restaurativa*, desarrollada tras la tragedia del Mitch en 1998. Aquí la idea es deconstruir la noción de «desastre natural» o «calamidad» en un «desastre innatural» o «socialmente construido»¹⁷. Desde este punto de vista, la soberanía de una sociedad depende de su capacidad para recuperarse después de un desastre y de no sufrir «vulnerabilidad unilateral». Los shocks, como las catástrofes de Žižek, generan oportunidades de reestructuración social regresiva que golpea como más fuerza a las pobres¹⁸.

¹³ Diría que estas iteraciones han sido más o menos democráticas en el sentido de Sh. BENHABIB *et al.*, *Another cosmopolitanism*, Oxford U.P., New York, 2006.

¹⁴ Creo que estos tres momentos o ejemplos abarcan la mayoría de demandas de justicia en la ecología política global. En estos momentos, está apareciendo un diferente vínculo entre naturaleza y justicia, centrado en el mundo natural no humano, una visión «postantropocéntrica».

¹⁵ DOHERTY, *op. cit.*, pp. 183-209.

¹⁶ R.D. BULLARD, «Anatomy of Environmental Racism and the Environmental Justice Movement» in DRYZEK J.S. and D. SCHLOSBERG (eds.), *Debating the Earth. The Environmental Politics Reader*, Oxford U.P., Oxford, 1998, p. 484. Se trata de una esfera pública «verde», usando la terminología de Dryzek, que podría también ser llamada «verdi-negra», o «*green-colored*». Ver también J. MARTÍNEZ ALIER, *The Environmentalism of the Poor. A Study of Ecological Conflicts and Valuation*, Edward Elgar, Cheltenham, 2002, pp. 168-193; D. TORGERSON, *The Promise of Green Politics. Environmentalism and the Public Sphere*, Duke U.P., London, 1999; y J. VALDIVIELSO, «Las relaciones entre la justicia y el medio ambiente» en VELAYOS, C. and J.M.^a GÓMEZ HERAS (eds.), *Responsabilidad política y medio ambiente*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2007.

¹⁷ R. BULLARD (2008): «Differential Vulnerabilities, Environmental and Economic Inequality and Government Responses to Unnatural Disasters», *Social Research*, 75 (3), pp. 753-784. Se recomienda todo este número, dedicado a *Disasters: Recipes and Remedies*.

¹⁸ N. KLEIN, *The Shock Doctrine: The Rise of Disaster Capitalism*, Knopf Canada, 2007; W. SACHS y T. SANTARIUS (dirs.), *Un futuro justo. Recursos limitados y justicia global*, Icaria, Barcelona, 2007, p. 16.

El tercer ejemplo pretende abarcar los múltiples intentos de desarrollar nuevos métodos estadísticos que hagan visibles los costes no crematísticos del desarrollo, alternativos a los índices tradicionales macroeconómicos. La huella ecológica (HE), quizás la más conocida de ellas, expresa el metabolismo ecológico global como un juego de suma cero, donde diferenciales en la apropiación de bienes ambientales son la expresión de relaciones causales, diacrónica y sincrónicamente, inter e intranacionalmente¹⁹. Para evitar la pesadez de las cifras, podemos decir sintéticamente que las «sociedades bien ordenadas» rawlsianas toman capital natural de todas partes. Desde 1961 la HE de la humanidad se ha doblado, pero la huella de las regiones pobres continúa siendo más o menos la misma. En resumen, algunos se hacen con los recursos y los usan, y otros se comen los residuos²⁰. La HE se ha convertido en un léxico difundido por todo el mundo en movimientos de ecología política, permite hacer cálculos aproximados de la «huella ecológica» histórica y sirve a un imaginario cosmopolita de ciudadanía de la Tierra idealmente asignada con una HE similar²¹. La HE también se desarrolla y mejora en una comunidad epistémica contrahegemónica de ciencia consensual, en una gran red de organizaciones e investigadores.

Estos tres ejemplos reflejan como los motivos de distribución, reconocimiento y reparación están más o menos entrelazados; como las iteraciones globales han impulsado un imaginario cosmopolita; y la forma en que responden a la nueva ola de apropiación y mercantilización de bienes comunes globales durante la globalización neoliberal.

7. Finalmente, cabe referirse a la visión hegemónica de la crisis ecológica en este momento: lo que llamo «política proclimática» o «climatismo». Con ello me refiero a la comprensión convencional que podemos encontrar en los medios de comunicación de masas, la opinión pública y los discursos ambientalmente comprometidos socioliberales o liberales sociales, desde una nueva consciencia popular hasta el régimen de gobernanza de Kioto.

En mi opinión, el climatismo es en general una actualización de la «modernización ecológica», a la que ya me he referido. Originalmente, esta etiqueta fue

¹⁹ WWF (World Wide Fund for Nature), ZSL (Zoological Society of London) y Red de la Huella Global, *Informe Planeta Vivo 2010. Biodiversidad, biocapacidad y desarrollo*, WWF, Gland, 2010, en <http://www.wwf.es/>. Hoy en día serían precisos alrededor de seis planetas como la Tierra para hacer posible para cada ser humano el acceso a la huella ecológica media de un estadounidense. Durante los últimos treinta años —el tiempo considerado como una generación— el crecimiento de la huella ecológica de un norteamericano ha sido de un 40%.

²⁰ «Let them eat pollution» era el título de un informe a cargo de Lawrence Summers en 1991, entonces economista jefe del Banco Mundial, después rector de Harvard y hasta muy poco director del Consejo Económico Nacional bajo el mandato de Obama. Para la polémica, cf. R. ATTFIELD, *Environmental Ethics. An Overview for the Twenty-First Century*, Polity Press, Cambridge, 2003, pp. 116-7; y R. BULLARD, *op. cit.*, p. 475.

²¹ Cf. A. DOBSON, *Ciudadanía y medio ambiente*, Proteus, Cánoves i Samalús, 2010. El experto en cambio climático Atiq Rahman, de Bangladesh, defiende que no deberíamos rechazar la idea de que, por ejemplo, las fronteras de Estados Unidos debieran abrirse a los refugiados climáticos en compensación por una cantidad dada de toneladas de emisiones de carbono.





usada desde los años ochenta para referirse al éxito de un buen número de países industrializados, logrados a través de una regulación consensual o codeterminada como una especie de «rediseño del sistema»²². Durante los noventa fue adoptada por la política de la tercera vía —incluidas las teorías de la modernidad reflexiva o segunda modernidad— bajo una forma «débil» o «modernización ambiental» —que no «ecológica»²³. Yo diría, en todo caso, que el actual enfoque a la política climática es algo más progresista que el de la tercera vía²⁴. Sin embargo, sospecho que la teoría de la tercera vía ilustra cambios en nuestra cultura política que hacen posible la extensión del discurso proclimático como lo conocemos. (a) Primero, no requiere una concepción normativa de la naturaleza, sino simplemente una descripción de las consecuencias no intencionales del dominio sobre el clima y sus daños potenciales. (b) Por otro lado, no hay necesidad de una comprensión general (mucho menos de una contestación) de la sociedad industrial, sino sólo la visión del problema singular del consumo de la energía fósil. (c) Además, ubica la responsabilidad en actuaciones privadas que no requieren acción colectiva. (d) Antes al contrario, subraya la responsabilidad unilateral planetaria-global, las virtudes del cuidado y la compasión, y acciones en la esfera privada. La reflexividad, en suma, es puesta sobre un ciudadano Kioto, bajo en carbono o climático, que consume y actúa privadamente, promueve el cambio psicológico, vota de forma climáticamente responsable y, más aún, puede realizar el servicio ciudadano al bien general en actividades que no sean destructivas de recursos, a través de un *Green New Deal* o un neokeynesianismo climático. La traducción de esta nueva ciudadanía ambiental a la política y la economía preserva el efecto ganador-ganador dentro del sistema: esta posición proclimática permite enfoques *business-as-usual*, promueve el crecimiento, abre nuevos yacimientos de negocio, protege la naturaleza y realiza las virtudes ciudadanas²⁵. La política proclimática, además, está cubierta por el paraguas de un sistema fuerte de gobernanza:

²² M. HAJER, *The Politics of Environmental Discourse: Ecological Modernization and the Polity Process*, Oxford U. P., Oxford, 1995.

²³ Diferentes versiones en M. JACOBS, *Environmental Modernisation. The new Labour agenda*, London, Fabian Society / Powergen, pamphlet 591, 1991; U. BECK, *Risk Society: Towards a New Modernity*, Sage, New Delhi, 1992; A. GIDDENS, «Modernity under a Negative Sign: Ecological Issues and Life Politics» en *Beyond Left and Right. The future of radical politics*, Polity, Cambridge, 1994.

²⁴ El enfoque de la «modernización ambiental» presupone que (a) la abolición de la naturaleza en sí no resulta de construcción alguna, y así que la vía política y económica de desarrollo de las naciones industrializadas es «naturalizado», un hecho no controvertido; (b) que la visión atomista al estudio de las contradicciones sociales no es ideológico; (c) que los actores ambientales autónomos de la sociedad civil se reducen a grupos de presión, movidos por utopías románticas. Finalmente, (d) que los mecanismos correctivos de la dinámica de la modernidad reflexiva se localizan en nuevas iniciativas empresariales en el sector verde competitivo, nuevas formas de conciencia ambiental en el consumo, y gobernanza sub y supranacional.

²⁵ En palabras de Al Gore: «Los pasos para resolver la crisis económica, la crisis energética y la crisis de la industria automovilística son los mismos que los de la crisis climática». Peter NEWELL y Mathew PATERSON, en el más exhaustivo análisis del «capitalismo climático» que conozco, señalan que comienza a darse un cambio de conciencia en ciertas industrias en que la estrategia ganador-ganador encuentra límites objetivos y donde la propia gestión empresarial asume ya situaciones de suma cero,

el Protocolo de Kioto, con su Convenio Marco sobre Cambio Climático (CMCC, o Convenio Marco a partir de ahora), patrocinado por Naciones Unidas. Le dedicaremos la segunda sección.

EL MOMENTO CLIMÁTICO

El CMCC fue oficialmente inaugurado en la Cumbre de Río de 1992. Desde entonces, tienen lugar con carácter regular Conferencias de las Partes (COP en sus siglas inglesas), el cuerpo gobernante del Convenio. La casi totalidad de los representantes de las «partes», 194 gobiernos nacionales, suele participar de las COP, que en 2011 celebró su decimoséptimo encuentro. Así pues, se trata de un cuerpo intergubernamental, orientado a evaluar el progreso del Convenio Marco que no tiene ni capacidad de mandato ni mecanismos de imposición. En el marco del CMCC, durante la tercera COP en 1997 en Kioto, se adoptó el Protocolo que establece objetivos específicos de emisiones. El fin del acuerdo es alcanzar «concentraciones de gases de efecto invernadero en la atmósfera a un nivel que pudiera prevenir la interferencia antropogénica peligrosa con el sistema climático». El Protocolo de Kioto implica, entre otras cosas, un compromiso vinculante entre las partes, registros de emisiones, diversos Fondos, y objetivos específicos para los países del Anexo I, los «industrializados», bajo el principio de «responsabilidad común pero diferenciada», así como mecanismos de imposición²⁶. Entró en vigor, en realidad, en 2009, cuando la condición de un requisito mínimo de representación de las partes y de emisores de gases ratificantes del acuerdo fue alcanzado²⁷. En estos momentos, 186 países que representan el 63.9% de las emisiones de 1990, el año de referencia, están implicados en el Convenio Marco; los países más ricos firmantes del Protocolo se comprometen a reducir sus emisiones para 2012, año que habría de aplicarse un nuevo Protocolo, un Kioto II, un 5.2% respecto del año 1990. En realidad, las «responsabilidades diferenciadas» hacen que la Unión Europea se comprometiera a una reducción mayor, del 8%, y dentro de esa «burbuja europea» algunos como España pudieran aumentarlas un 15% mientras otros como Alemania tienen que reducirlas un 21%. Como se sabe, Estados Unidos, responsable del 36.1% de emisiones globales para

con compensaciones, ganadores y perdedores. Cf. *Climate Capitalism. Global Warming and the transformation of the Global Economy*, Cambridge U.P., Cambridge, 2002, p. 55.

²⁶ Los países del norte o de industrialización histórica suelen ser conocidos como los del Anexo I del CMCC. El principio fue aprobado en Río en 1992 como una guía normativa para enmarcar la estabilización de emisiones a niveles seguros, «sobre la base de la equidad y en concordancia con sus responsabilidades comunes pero diferenciadas y sus capacidades respectivas». «Capacidades respectivas» es una expresión abierta a muy diferentes interpretaciones, incluyendo cierta incapacidad de las rígidas economías industrializadas para reducir sus emisiones.

²⁷ El criterio supone al mismo tiempo un estándar representativo —«no menos de 55 Partes»—, que fue alcanzado en 2005 tras la ratificación de Rusia; y un estándar de eficacia —«sumando en total al menos un 55% de las emisiones totales de dióxido de carbono para 1990»—, que fue alcanzado en 2008, tras la ratificación de Australia.



el año de referencia, no es parte del Protocolo en la medida en que no lo ratificó, pero es parte del CMCC —el único país en esta tesitura—.

Hay muy distintas maneras de explicar la existencia y funcionamiento de este régimen de gobernanza, según se ponga el énfasis más en los aspectos deliberativos-constructivistas o más en los estratégicos-objetivistas²⁸. Sin posibilidad de entrar en ellas aquí, me gustaría subrayar cuatro fenómenos a evaluar críticamente.

1. En primer lugar, hay que tener en cuenta el desarrollo del Protocolo de Kioto desde la COP en la Haya en 2000. Bajo la presión de Estados Unidos y sus aliados²⁹, las partes rebajaron las pretensiones iniciales con tal de atraerse su favor y conseguir su inclusión en el Protocolo. En consecuencia, se aprobaron los «mecanismos flexibles», lo que facilitó el cambio de opinión de los países más escépticos, con la excepción de Estados Unidos. El objetivo de estos mecanismos es lograr «la flexibilidad en carbono» creando un mercado de permisos de emisión, proyectos de reducción e intercambio de emisiones³⁰. La estrategia seguida ha consistido en asignar derechos a un volumen dado de emisiones, poniendo un precio al CO₂ y creando así un mercado para «descarbonizar la economía» en lo que se ha llamado sistema de «tope y mercado»³¹. El «tope» es el total nacional de emisiones de las partes incluidas en el Anexo I que finalmente ratificaron el Protocolo —países desarrollados—. En última instancia, funciona como un mercado de valores de créditos de carbono, pero el volumen de toneladas a intercambiar está limitado al tope. Los derechos de emisión se reconocen a las partes, los gobiernos asignan los permisos de acuerdo a cuotas —en general como un regalo o «prebenda», a veces por venta, subasta o bajo algún tipo de condicionamiento—. Entonces, las «entidades industriales» con derechos pue-

²⁸ Los distintos enfoques pueden agruparse en cuatro familias diferentes: una radical neogramsciano (Julian Saurin, Matthew Paterson); una neorrealista (Thomas Homer-Dixon); una liberal-institucionalista (Nils Petter Gleditsch); y una democrático-consensual (Ronnie D. Lipschutz, Paul K. Wapner).

²⁹ Me refiero básicamente al grupo llamado JUSSCANNZ (Estados Unidos, Suiza, Canadá, Australia, Noruega y Nueva Zelanda), en este caso consonante con Rusia. Suiza y Noruega no se alinearon con Estados Unidos.

³⁰ En verdad, además de los mecanismos flexibles, también se acordó una evaluación de resultados tanto sobre la base «recursos» como de «sumideros». Esto ha favorecido grandes «rebajas» durante la negociación del régimen de control de emisiones que permitió, por ejemplo, que Rusia doblara los créditos transferibles para sumideros vendiendo el llamado «aire caliente», el derecho a emitir la diferencia entre las emisiones de 1990 y las mucho menores emisiones posteriores al colapso del obsoleto sistema soviético industrial. Dale JAMIESON las llama «las emisiones que no habrían ocurrido», «Adaptation, Mitigation, and Justice», *Advances in the Economics of Environmental Resources. Vol 5 Perspectives on Climate Change: Science, Economics, Politics, Ethics*, Elsevier, 2005, p. 220. Por otro lado, y aunque aquí nos centramos en el dióxido de carbono, en la asignación de créditos para los sumideros de carbono todos los gases de efecto invernadero son tenidos en cuenta.

³¹ Los mecanismos flexibles son: 1) comercio de emisiones (ET, en sus siglas inglesas), que asigna a las partes permisos de emisión dentro de las cuotas nacionales asumidas por los países ricos; 2) Implementación Conjunta (JI), que permite inversiones en proyectos de reducción de emisiones, pensado en esencia para las economías en transición; y 3) los mecanismos de desarrollo limpio (CDM), a través de los cuales las partes industrializadas pueden comprar unidades de reducción.

den usarlos y transaccionarlos³², convirtiéndose, una vez poseídos los derechos, en los auténticos agentes de las transacciones y reducciones, para lo que han recurrido a los instrumentos financieros típicos de nuestra época: «productos diferenciados para satisfacer distintas demandas, mercados de derivados (futuros, opciones, etc.), mecanismos de difusión de la información, e incluso más recientemente su propios instrumentos de calificación del crédito (IDEAcarbon)»³³. Mercados, instrumentos financieros y consultoría específica para el carbono han crecido como una burbuja³⁴. En este movimiento de la modernización ecológica al climatismo se observan los mismos pasos dados desde la socialdemocracia a la tercera vía, como la preferencia por el capitalismo financiarizado y los valores liberales, la gobernanza privada y la evaluación y control voluntarios internos.

Por un lado, esto significa que el volumen de intercambio y los precios de los créditos están sujetos a la ley del mercado y fluctúan de acuerdo a la oferta y la demanda³⁵. Por otro, la lógica del intercambio internacional de emisiones es que el impacto ecológico de las reducciones/emisiones es insensible a su localización, y

³² Si las empresas exceden su cuota de emisiones de acuerdo a los créditos de que disponen serán multadas, por lo que tienen un incentivo a intercambiarlas, directamente, a través de un broker o a través de un impulsor de JI o CDM, a través de los cuales las reducciones de gases de efecto invernadero pueden ser intercambiadas entre países desarrollados y en desarrollo.

³³ P. NEWELL y M. PATERSON, *op. cit.*, p. 74.

³⁴ «El tipo de estrategias desarrolladas han sido determinadas por el dominio de actores financieros, ideologías de libre mercado, inequidades globales, y el aumento de formas de colaboración en redes y sociedades» (P. NEWELL y M. PATERSON, *op. cit.*, p. 11). Actores destacados en el mercado privado de la consultoría, evaluación y calificación serían *Ecosecurities*, *CO2.com*, *Point Carbon*, *Climate Care*, *CantorCO2e*, *IceCap*, *Climate Change Capital*, *World Business Council for Sustainable Development*. En buena medida, el apoyo que los gobiernos han dado a las energías limpias ha tomado la forma de prebendas a grandes instalaciones promovidas por industrias convencionales. Así, el negocio en las «industrias amanecer» ha sido triple: de imagen corporativa, de aumento de cuotas por la transacción de reducciones, y de grandes retornos por las subvenciones a los «vatios verdes».

³⁵ El volumen del mercado global de carbono se cifra en unos 142.000 M\$. El mayor mercado, de lejos, es el Programa Europeo de Mercado de Emisiones (EU ETS, en las siglas inglesas, y que incluye tanto el mercado primario de asignaciones ET como el secundario de CDM) que abrió en 2005, sumando cerca del 97% del valor monetario total, y al menos el 50% del volumen de emisiones en Europa, un 17% de las mundiales. Los valores de las tCO₂e (tonelada equivalente de dióxido de carbono) han variado enormemente durante las distintas fases de construcción del mercado, con una subida inicial de 8€ a 30€; una caída a 0.03€ en diciembre de 2007, cuando se supo que se había concedido a las industrias permisos por encima de sus emisiones reales, una posterior subida a 22€ en 2008, y precios en caída en la actualidad. En plena crisis financiera global, una gran oferta de créditos de emisión ha invadido los mercados de carbono, fluyendo de las economías industriales en contracción. En principio, grandes rentas fueron logradas por no hacer nada en términos ecológicos o productivos, en algunos casos, como España, a cambio de derechos que fueron dados incondicionalmente por parte del gobierno a empresas. En toda Europa, la industria presionó contra la asignación a través de subastas, haciendo que sólo el 8% de emisiones fuera comprado; el resto fue simplemente regalado. Más tarde, el exceso de oferta hizo caer los precios. El año 2010 los precios de los mercados se hundieron, en el caso del *Chicago Climate Exchange* se pasó de un precio de 1.2\$ en 2009 a 0.1\$. Cf. CARBON FINANCE, *State and Trends of the Carbon Market 2011*, World Bank Institute, Washington, 2011. Hay que decir que se trabaja en mercados nacionales de carbono desde finales de los ochenta, con Reino



proporciona grandes incentivos a la transferencia de tecnologías e inversión sostenible desde los países desarrollados a los en desarrollo, donde los costes son menores. Un caso típico sería el de una compañía de un país industrializado que necesita créditos y pone en marcha un proyecto de reducción de emisiones, con el consentimiento del país de acogida, y un gran esfuerzo en seguimiento y control.

Sin embargo, hay evidencia creciente de «créditos espurios», de bajo cumplimiento, sin efectos claros en reducción de emisiones, conflictos frecuentes con las comunidades locales en distintos frentes, y una concentración de la transferencia lejos de los países más necesitados³⁶. A menudo este trabajo está mediado por ONGs que canalizan la transferencia de fondos y conocimiento experto a las comunidades locales, entre las cuales ha aparecido un nuevo género de organizaciones impostoras, falsas verdes, llamadas también «*astroturf*», «césped artificial». A menudo también, las ONGs y las administraciones locales que cooperan en la implementación de proyectos no son fiscalizables por la población local mientras transforman sus economías bajo la necesidad a corto plazo del contaminante extranjero. Los sujetos del movimiento por la justicia ambiental han bautizado como «eco-colonialismo» o «colonialismo carbonífero» a este desplazamiento por parte de los consumidores ricos de sus prácticas intensivas en carbono a través de la compra de compensaciones baratas a los pobres. Los mecanismos flexibles para emisiones de carbono dan apariencia de legitimidad y eficiencia a lo que en realidad es un «fraude climático» sostenido en la doble contabilidad en los proyectos, exageración del volumen de la reducción, o simplemente su falsedad. Estaríamos ante la creación de «nuevas indulgencias» o de «compra de legitimidad» aplicando la versión climática de la contabilidad creativa, el «ambientalismo a lo Enron»³⁷.

Esta perspectiva discrepa de las cifras oficiales del mercado europeo, que considera haber conseguido una reducción significativa de emisiones a un coste muy bajo. Aun así, aunque esto fuera cierto para Europa, se calcula que las emisiones

Unido y Dinamarca como pioneros. El gran reto de cara al futuro, en caso de que el sistema subsista, es la interacción entre los distintos mercados nacionales y regionales.

³⁶ Los conflictos actuales se refieren a los ya incluidos proyectos en hidráulica y a la inclusión, tras muchos años de resistencias en contra, de los mecanismos REDD, que reducen por conservación forestal, incluida la reforestación con plantaciones y la «renuncia» a deforestar. Hay que añadir, además, que la gran mayoría de proyectos van a países BRICS (Brasil, Rusia, India, China, Sudáfrica), y que el total del continente africano recibe menos de un 2%. La complejidad del sistema de implementación, control y validación es enorme, haciendo que los costes de transacción sean muy altos. Cf. P. NEWELL y M. PATERSON, *op. cit.*, p. 83 y ss.

³⁷ Cf. BACHRAM, H., «Climate fraud and carbon colonialism: the new trade in greenhouse gases», *Capitalism, Nature, Socialism*, 15 (4), 2004, pp. 10-12; P. NEWELL y M. PATERSON, *op. cit.*, pp. 32, 129 y ss. Me refiero a actores como *Carbon Trade Watch*, *Rising Tide*, *Climate Justice Action*, *Plane Stupid!*, *Acción Campesina*, y la plataforma *¡Justicia climática ya!* que promovió en fecha tan temprana como 2004 la Declaración de Durban sobre el Comercio de Carbono, oponiéndose a la mercantilización del clima, y que ha tenido continuidad hasta la más reciente, en 2010, Conferencia Mundial de los Pueblos sobre el Cambio Climático y los Derechos de la Madre Tierra. Para una idea sintética de la posición crítica con el sistema de tope y mercado, es recomendable el vídeo de Annie Leonard *The Story of Cap and Trade*, http://www.youtube.com/watch?v=pA6FSy6EKrM&feature=player_embedded

globales han aumentado alrededor de un 40% desde el año de referencia de 1990, un 11% para los países del Anexo I³⁸. Así, este nuevo yacimiento para la especulación financiera, el beneficio de intermediarios improductivos, y la legitimación comprada está lejos de ser una reducción significativa del metabolismo carbonífero, pero da la sensación de que el «rediseño del sistema» es suficiente. Así, la mercantilización de los bienes comunes globales crea un *efecto de maquillaje verde* o *green washing*.

2. El segundo fenómeno al que quiero referirme es el papel del pánico como una fuerza que cohesiona. Quiero subrayar aquí la lógica que lleva del miedo, amenaza, catástrofe, riesgo, etc., a la cooperación. La visión de que el calentamiento global es un «problema de supervivencia», similar a la amenaza nuclear en tanto «pone todo en peligro en la tierra», y afecta a la humanidad como un todo, de una forma prácticamente igual y letal en potencia, nos pone ante catástrofes irreversibles frente a las que la cooperación es racional³⁹. La única fuerza motriz que puede cambiar el curso de acción es el miedo, frente al cual la supervivencia tiene preferencia sobre la justicia⁴⁰. Incluso Žižek acepta la posibilidad de una «crisis o catástrofe ecológica aguda» como una realidad, aunque al mismo tiempo haga campaña por la catástrofe como el «orden perturbado por el Acontecimiento».

Mi posición aquí es escéptica acerca del uso de futuros previsibles apocalípticos. No estoy diciendo que un cataclismo total climático deba de ser descartado, en absoluto, sino que el imaginario de una amenaza letal indiscriminada, al estilo de la película del *El día de mañana*, oculta las actuales catástrofes locales y la tendencia dominante en el cambio ecológico global. La lógica en marcha de desestabilización ecológica se parece más a un cambio imperceptible e insidioso, como una tela que se va desgarrando y que pierde su funcionalidad y propiedades de una forma progresiva y asimétrica⁴¹. Por otro lado, las actuales catástrofes locales afectan a los seres humanos de una forma discriminatoria, como hemos visto, en la distribución de costes y beneficios. No es casual el tono apocalíptico del discurso climático: la Némesis es una fuerza impersonal y asocial de la naturaleza que amenaza a todos por igual, disolviendo las diferencias entre víctimas y ejecutores. Estamos sin duda ante una concepción altamente normativa de la naturaleza. Sin embargo, es obvio

³⁸ La reducción europea podría llegar hasta 600MtCO₂e en las cifras más optimistas, cf. CARBON FINANCE, *op. cit.*, p. 43. Para el aumento de las emisiones globales, cf. WWF y otros, *op. cit.*

³⁹ En la teoría crítica, quizás por inercia del diagnóstico de la época de entreguerras que le dio origen, domina esta asociación. Sus versiones contemporáneas pueden verse en la teoría crítica de la sociedad del riesgo mundial y el «cosmopolitismo realista» de Ulrich BECK («Critical Theory of World Risk Society: A Cosmopolitan Vision», *Constellations*, 16: 1, 2009), o en la teoría crítica neohobbesiana de Furio CERUTTI (*Global Challenges for Leviathan. A Political Philosophy of Nuclear Weapons and Global Warming*, Lexington Books, Plymouth, 2007), aunque tiene una larga historia en la ecología de la supervivencia y el maltusianismo neorrealista. El marco de la cooperación varía, para CERUTTI, *op. cit.*, p. 210, por ejemplo, el «cosmopolitismo es escapismo». Igualmente, varía la dimensión y forma de la amenaza, aunque este enfoque en general se apoya en las previsiones del Panel Intergubernamental sobre Cambio Climático (IPCC, en sus siglas inglesas).

⁴⁰ Cf. CERUTTI, *op. cit.*, pp. 111 y 152.

⁴¹ Cf. W. SACHS y T. SANTARIUS, *op. cit.*, pp. 37, 73.



que esta visión catastrófica tiene un efecto real como «cola» —tomando prestada la terminología de Beck— para una comunidad de destino global de riesgo en una forma cosmopolita. Llamo a esto el *efecto pánico* de la política proclimática.

3. En tercer lugar, la existencia de la cooperación descansa en la existencia de un medio de conversión para bienes y valores cualitativamente diferentes. El idioma que hace posible la traducción es una especie de «métrica carbónica», con la que me refiero a la «nueva moneda» de toneladas de carbono convertibles que pueden ser mercantilizadas, intercambiadas en las relaciones internacionales, y que ilustran la dimensión climática de la vida diaria. La racionalidad Kioto piensa en toneladas de dióxido de carbono, calcula aritméticamente, y reduce allí donde no es demasiado irrazonable, preservando aparentemente el resultado ganador-ganador. En la gobernanza climática, las asunciones e incertidumbres de las comunidades epistémicas son ocultadas y traducidas a una afectación climática mutua e indiferenciada de carbono. Este es un ejemplo perfecto de lo que Nancy Fraser denuncia como globalismo de talla única⁴². Logra ocultar el incremento absoluto en el consumo, mientras expresa recortes marginales de emisión, y sirve a la promoción de una recuperación verde de la economía que precisaría de enormes inversiones en megaproyectos de poca credibilidad ecológica, minimizando serios riesgos en la medida en que alcanzan el resultado bajo en carbono⁴³. En realidad, la métrica climática es hegemónica sobre otras métricas ambientales como la del espacio o huella ecológica. Esta versión del cambio ecológico global es, para mí, reduccionista y contraproducente para otros objetivos ambientales de importancia. Llamo a esto el *efecto homogeneizante*.

4. El cuarto fenómeno al que quiero referirme es la presencia de procesos —más o menos— democrático-deliberativos tras el régimen climático. El consenso proclimático no es sólo el resultado de decisiones estratégicas, sino también de la difusión de la sociedad civil democrática y su comunicación deliberativa en esferas públicas verdes o ecologistas, generando un nuevo sentido común y un nuevo imaginario de un planeta frágil y finito, dando lugar a nuevas preocupaciones morales⁴⁴.

⁴² N. FRASER, *Scales of Justice: Reimagining Political Space in a Globalizing World*. Columbia University Press, New York, 2009.

⁴³ Inversión y subsidios públicos en macroyectos como almacenaje y captura de carbono, energía nuclear, agroc combustibles, energías limpias centralizadas, nanotecnologías, o la transición a vehículos híbridos o de hidrógeno, son los ejemplos más utilizados, aunque ni su viabilidad ni su bondad ecológica hayan sido probadas. El caso de la nuclear llama la atención, por la apuesta decidida que incluso conocidos ecologistas como James Lovelock o George Monbiot han hecho de ella, arrastrados por la fortísima corriente del lobby nuclear. El accidente de Fukushima en 2011 supone sin duda un freno a la nuclear al menos en los próximos años.

⁴⁴ Pensemos en el liderazgo de la UE, por ejemplo, donde los gases de efecto invernadero disminuyeron alrededor de un 10,7%; cómo a través del principio de «responsabilidad común pero diferenciada» los países desarrollados han asumido un compromiso sin compensación estratégica, aunque haya significado que se dé una acción ejemplar para empujar hacia adelante a todos los países por el camino de la responsabilidad, o sobre «la ciencia consensual» en torno a la «comunidad epistémica» involucrada en el IPCC.

Sin duda la extensión de este nuevo ambientalismo modernizador proclimático se ha beneficiado del impulso democrático del ecologismo político global.

Sin embargo, los sujetos al régimen Kioto disfrutan de muy diferentes poderes y derechos. A menudo, no tienen la oportunidad de decidir en temas que no son parte del paquete electoral, o de influir en las instituciones intermediarias, o siquiera de votar o expresar sus opiniones. Así, por ejemplo, los sistemas electorales mayoritarios, formas cooptativas de democratización ambiental, o simplemente los regímenes autoritarios, perjudican a ciertos grupos sujetos al régimen⁴⁵. Cabe, por lo tanto, hacer alguna distinción entre distintos grados de legitimidad y rendición de cuentas. El problema es que, técnicamente, los miembros del régimen Kioto son los Estados que ratificaron el Protocolo. Los Estados establecen las reglas de interacción bajo el régimen, pero los individuos, grupos y actores de las sociedades civiles disfrutan de derechos muy dispares⁴⁶. Llamo a este fenómeno el *efecto de la sujeción al Estado*.

Creo que todos estos fenómenos —los efectos de maquillaje verde, pánico, homogeneización y sujeción estatal— han hecho posible el régimen y su tendencia incluyente⁴⁷. Sin embargo, todos ellos difuminan injusticias, ocultan graves inequidades ambientales. Por un lado, el régimen ha incorporado algunas de las viejas reivindicaciones de la ecología política: en particular, un «tope» global de contaminación, transferencias netas de ricos a pobres, ciencia sólida, política internacional consensual, y el principio «el contaminador paga» aplicado a las emisiones de gases de efecto invernadero. Kioto representa un gran avance en la regulación ecológica global, pero no se lleva bien con la justicia⁴⁸. En este punto, creo que la ecología política global puede dar cierta luz a la hora de corregir los efectos distorsionantes sobre la equidad.

CONCLUSIONES

1. El «tope» de emisiones de 1990 para algunos países no está evitando en absoluto el cambio climático. Es generalmente aceptado que la lucha contra la crisis ecológica tiene tres respuestas posibles: prevención, mitigación y adaptación. Como

⁴⁵ Cf. J.S. DRYZEK, *Democracy in Capitalist Times. Ideals, Limits and Struggles*, Oxford U.P., New York, 1996, p. 40, para la distinción entre las respuestas «asociativa», «liberal-autoritaria» —las dos que yo considero «cooptativas»—, «pluralista», y «corporativa» por parte del Estado a los desafíos ambientales.

⁴⁶ El problema con este régimen de gobernanza es mucho más complicado. Por otra parte, hay cerca de quinientos tratados y acuerdos relacionados con el medio ambiente, marcados por la duplicación, la falta de cumplimiento, objetivos contradictorios, y sobre todo con un nivel de cumplimiento muy dispar.

⁴⁷ Incluso los Estados Unidos parecen hacer frente, bajo la administración Obama, a su histórico «trastorno de déficit de atención», como dice J. JAMIESON, *op. cit.*, p. 229.

⁴⁸ Por estas razones, los neoconservadores batallan contra el régimen. Es obvio que el prome-teísmo contraecologista no ha reparado en recursos y energía contra el climatismo. En 2007 el *American Enterprise Institute* ofrecía 10.000\$ a cualquier científico que desacreditara el consenso del IPCC. Cf. NEWELL y PATERSON, *op. cit.*, p. 38; y Jacques et altri, *op. cit.*



una herramienta de prevención el régimen de gobernanza Kioto nació muerto, como una herramienta de mitigación entre todos lo mataron. En síntesis, yo diría que es *justificado* como un sistema de co-determinación destinado a *prevenir* el cambio climático —«prevenir las interferencias antropogénicas peligrosas»—; es *diseñado* como un marco orientado a la *mitigación* de sus peores efectos —una reducción modesta de un 5,2% para una serie limitada de países—, y que es finalmente *aplicado* como un mercado de carbono destinado a la distribución de algunos recursos para hacer frente a los costes de *adaptación*⁴⁹. Así, no hace frente ni a la justicia ecológica distributiva intergeneracional ni a la justicia restaurativa ecológica intrageneracional. Por un lado, el futuro sigue perdiendo. Un tope justo en términos intergeneracionales debería ser mucho más ambicioso y ser definido ecológicamente como un máximo total global de emisiones de acuerdo a la capacidad de absorción del sumidero atmosférico. El tope sostenible tendría enormes consecuencias para las economías industrializadas y emergentes, y así una hoja de ruta de transición sería necesaria. Un tope sostenible sólo sería posible con la implicación de Estados Unidos y las economías en desarrollo. Por otro lado, el fracaso en la prevención tiene también consecuencias intrageneracionales. Una política de adaptación o mitigación *de facto* acrecentará las actuales injusticias, o, en otras palabras, significará un principio de «el contaminado paga»⁵⁰. Los shocks tienden a golpear con más fuerza al más pobre. No obstante, el Convenio Marco en que la discusión sobre mitigación y adaptación tiene lugar es aún de tipo intergubernamental, los sujetos a la distribución son los Estados, aunque las relaciones de distribución ecológica trascienden las fronteras nacionales. La geografía de la distribución ecológica es de tipo posnacional, y las inequidades más severas son ocultadas tras las asignaciones nacionales de derechos⁵¹.

⁴⁹ Para la distinción entre prevención, mitigación y adaptación, cf. JAMIESON, *op. cit.* En relación a la prevención, el régimen de Kioto aspiraba sólo a reducir la tasa marginal de crecimiento de las emisiones, pero no a reducir el volumen absoluto, mucho menos reducir el exceso de emisiones a un ritmo sostenible, que la comunidad científica cifra en un 80% para los países ricos. En las últimas cumbres del COP, Copenhague (2009), Cancún (2010) y Durban (2011) se ha acordado el objetivo, del que participan la UE o el G8, de que la temperatura no debiera subir por encima de 2°C (lo que significa una concentración de CO2 de entre 510 y 270 ppm, dependiendo de la sensibilidad climática asumida: hoy estamos ya por encima 390ppm). Para encontrar una temperatura media superior en 2°C a la actual hay que remontarse al período interglaciar Eemiense, hace unos 129.000 años. Estamos claramente en un escenario de adaptación.

⁵⁰ Para Jamieson, Kioto parecería ser en cierto modo una renuncia a la mitigación, «adoptando una política *de facto* de 'adaptación sólo'», lo que realmente significa una política que golpea más fuerte a los pobres, en otras palabras. Como una herramienta de mitigación, sin embargo, se nota en Jamieson que el primer pesimismo ha dejado paso a una visión más optimista, una vez Obama fue elegido y un acuerdo post-Kioto que abarque EEUU y los países en desarrollo parece factible. En su acercamiento a esta discusión, Peter Singer señala que el régimen Kioto «sólo reducirá los cambios que se están produciendo» («One Atmosphere», en Thom BROOKS, *The Global Justice Reader*, Blackwell, Malden, 2008). No parece acertado, en realidad parece que sólo se limitará el ritmo de aumento de los cambios, pero los cambios en el futuro serán más rápidos en términos absolutos sin un tope más ambicioso.

⁵¹ La estructura de clases ecológicas no coincide con la división en clases sociales fundamentales en términos clásicos, no coincide con el par desarrollados/en desarrollo o Norte-Sur. Las teorías

2. Por otro lado, el régimen Kioto solamente considera contaminadores actuales. De hecho, este rechazo a la *justicia retrospectiva* es la visión dominante entre los teóricos de la justicia climática⁵². Yo diría, por el contrario, que la justicia ecológica global requiere algún tipo de «justicia transicional» para reparar los daños y humillaciones constantes, en este caso, en la transición del industrialismo a la sostenibilidad, de desarrollo convencional a la contracción y convergencia. La agencia colectiva y las iteraciones democráticas, tan importantes en la mejora del régimen, dependen de este tipo de justicia. El climatismo no deja de ser un discurso y sus condiciones de legitimidad pasan por la inclusión participativa de los afectados en igualdad de dignidad. Así, se necesita una política de la memoria y el reconocimiento de las injusticias pasadas en la forma de un enfoque restaurativo de justicia al cambio climático y otras crisis ambientales⁵³. Demandas de raza, género, clase y poscoloniales están de alguna manera interrelacionadas en la justicia ambiental.

3. Pero un enfoque realmente justo debería estar basado en una estructura de gobernanza más amplia, probablemente en algo más cercano a un gobierno que a una gobernanza. La huella del carbono es apenas la mitad de la huella total de nuestros ciudadanos Kioto, pero hasta la huella ecológica no expresa todos los servicios y recursos naturales relevantes. Incluso con una virtual huella de carbono sostenible a nivel global, aguardan serios problemas ecológicos que requieren cambios profundos, sin mencionar los nuevos riesgos justificados a través del idioma de la métrica carbónica. Se necesitan nuevos registros más exhaustivos bajo la cobertura de un régimen más ambicioso al abrigo de Naciones Unidas, quizás como una especie de Organización Ambiental Mundial, de la que un Protocolo Post-Kioto debería ser parte.

4. Sin embargo, una métrica multidimensional y un régimen de gobernanza más amplio no pueden ser definidos a priori. Como vimos para los discursos de ecología política global, las asimetrías en el acceso a los bienes y males ambientales necesitan la voz de los sin voz para ser expresadas. Distribución, reconocimiento y

poscoloniales y posdesarrollistas tienden a hablar de clase consumista «transnacional» (Cf. W. SACHS y T. SANTARIUS, *op. cit.*, p. 78 y ss). Tanto Singer como Jamieson suponen un comercio de emisiones basado en una participación o cuota por persona para el sumidero atmosférico.

⁵² Peter Singer, Dale Jamieson y Simon Caney representan, más allá de sus diferencias, la tendencia actual escéptica sobre los principios sensibles a las emisiones históricas, que Caney llama «principio del 'beneficiario paga'» de la «justicia retroactiva»: un principio injusto, en su opinión, que implicaría «hacer a la gente pagar los costes generados por las generaciones precedentes», cf. «Cosmopolitan Justice, Responsibility and Global Climate Change», en THOM BROOKS, *The Global Justice Reader*, Blackwell, Malden, 2008: p. 697. Otros sugieren que es casi imposible cuantificar las emisiones históricas y la apropiación desigual de la atmósfera. Caney está también en contra del principio de «el que contamina paga», aunque no los otros.

⁵³ Diría que eso es lo que MCCARTHY, *op. cit.*, p. 225 y ss., está tratando de hacer al reclamar una «teoría crítica del desarrollo global», más allá del monólogo eurocéntrico, incluyendo una justicia reparadora o restauradora y no sólo distributiva: «una obligación moral-política para poner remedio a los males de injusticia de su propio pasado, para reparar los daños permanentes que resultaron de ella».



reparación exigen *justicia participatoria*⁵⁴. En la esfera pública climática las poblaciones locales afectadas no son generalmente representadas por una orientación *top-down* centrada en marcos de tema único y presiones a corto plazo. La métrica homogeneizante del carbono no ayuda en esta cuestión, y el papel de las ONGs transnacionales, instituciones y organizaciones intermediarias en la implementación de los regímenes debe ser revisado críticamente.

En todo caso, estas propuestas están lejos de ser el consenso sobre ecología, y la estructura de oportunidad política que requieren parece estar en contradicción con la actual geopolítica, en particular la del petróleo, y con el uso que se hace del poder de contaminar en la gobernanza climática.

Recibido» septiembre 2011

Aceptado: febrero 2012



⁵⁴ Tomo el término de Iris MARION YOUNG, «Justice and Hazardous Waste», en M. BRADIE, T. ATTIG, and N. RESCHER (eds.), *The Applied Turn in Contemporary Philosophy. Bowling Green. Studies in Applied Philosophy*, 15, 1983, pp. 171-83.